

CERVANTES PURO E IMPURO

Nuria Amat

Una opinión muy difundida de Octavio Paz, desarrollada por el poeta en más de una oportunidad, advierte, con gran acierto que, a diferencia de lo que sucede con el castellano de vascos y catalanes, el español de América Latina ha permanecido más próximo del idioma hablado por Cervantes. Sin embargo, no es solamente la lejanía de los pueblos latinoamericanos con respecto a la península ibérica el único motivo por el que ellos han podido conservar la pureza clásica u original de la lengua española. ¿No está ella misma mezclada con expresiones indígenas castellanizadas que la hacen más rica y auténtica? Para empezar, no creo en una lengua pura. Si no lo era la escritura de Cervantes, como tampoco la prosa desorbitada de Teresa de Jesús, otra fundadora de nuestras literaturas, menos garantías tenemos ahora para creer o imaginar un manantial límpido y claro de la lengua.

En primer lugar, ¿qué extraña cosa era aquel idioma escrito por Cervantes? ¿Cabe pensar que un escritor tan libresco como Cervantes a la hora de escribir se limitase a reproducir la lengua de su pueblo? Como es de ley cuando se habla de grandes creadores de las letras, el autor escribe inventando un lenguaje que corresponde de forma directa al mundo creado o recreado por él mismo. Un discurso que en este caso ha sido origen y ejemplo a seguir por todos los maestros de la narrativa. La voz de Cervantes, como las posteriores de Proust o Dickens, es la voz del autor y

lector Cervantes y no la de su singular persona. Precisamente, la capacidad que Cervantes tiene de estar al mismo tiempo dentro y fuera de su propio mundo, escritor y lector a la vez, es su gran hallazgo literario.

Así pues, aquel castellano cervantino tampoco era un castellano puro. Las culturas moriscas y judías se ocuparon muy bien de contaminarlo. Escritores como Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz o el mismo Cervantes tuvieron que inventar el idioma de su escritura y de la escritura de todos sus lectores. La novela *El Quijote* puede verse también como un manual de narrativas o Biblia del logos. Aquellos escritores leían moviendo los labios. Devoraban libros. “Pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”. Preocupados tanto por la lengua como por lo que querían decir y evocar con ella dedicaron sus vidas a explorar la fuente del idioma. Movían las palabras escarbando con un punzón la simiente del lenguaje y cavando a conciencia la inagotable tierra de la prosa. Pero la literatura que absorbían, en cierto modo, les era también ajena. De ahí su magia innovadora. Después de Cervantes ya nadie pudo hablar ni escribir como Cervantes (lo dijo Borges que quiso ser Cervantes y se quedó siendo Borges).

Contemplo en la España actual cierto provincialismo lingüístico generado precisamente por esta idea falsa de querer aprisionar la lengua, poseerla, para tratar de conservarla en su austeridad y pureza. Revierto a Juan Rulfo cuando dice: “Lo que a mi me duele, por ejemplo, en España, es que se esté perdiendo el idioma”. Merece la pena traer a colación esta cita para avisar que una postura centralista del idioma consigue lo opuesto de lo que en primera y última instancia se pretende. Ahí está Latinoamérica, patria elegida como herencia de Cervantes, cuyas hablas se han ido

enriqueciendo gracias a la mezcla de la lengua castellana con la aportación de los dialectos indígenas. El hecho de estar en situación de tener que absorber una lengua, que es a la vez propia e impropia, sumado a la posibilidad enriquecedora de compartir culturas distintas, redundan en beneficio del idioma y de la literatura. De otro modo, da la impresión de que todos los escritores escriben igual. Todos los libros parecen escritos en una única lengua momificada ajena a los principios estéticos de la literatura. Desde la academia y el poder se ha difundido la imagen de un Cervantes, autor de sillón fijo e inamovible, que no era. En realidad, fue el primer exiliado de la lengua. Corrió a buscarla en la vida, la guerra, la soledad y los libros. Como no encontró una casa del lenguaje tuvo que inventar un país y una biblioteca. Este modo de contar el mundo que transgrede las formas del relato, voces de lo marginal y excluido, multiplicidad y fuga, crónicas de victimarios es también el de los herederos de Cervantes, autores cofundadores de la novela contemporánea latinoamericana y universal con su diversidad de lenguas cervantinas.

Mi argumento, sin contradecir a Paz trata de matizar y ampliar su idea. Es posible que cualquier país de América Latina esté hoy más cercano a Cervantes que el propio país del escritor. Pero también puede decirse lo mismo de aquellos territorios o culturas peninsulares excéntricas porque tratan de sobrellevar el peso ambiguo del idioma fuente. Me refiero a la cultura catalana, vasca o gallega. Estas literaturas que, apartadas del poder de la lengua al igual que las de América Latina, escriben en español o castellano guardan la misma afinidad cervantina con respecto al español del centro peninsular que los países del resto de culturas hispánicas. Sus escritores se acercan a la lengua desde fuera, como se

acercan los autores latinoamericanos. En mi opinión, son las literaturas de algunos escritores periféricos, exiliados del idioma, las que están más cerca de proponer a la manera de Cervantes una novela de novelas. En su necesidad de reinventar una lengua se alimentan de la frescura del cronista, son más arcaizantes, desde la raíz de la lengua. Escritores mestizos, catalanes, gallegos, canarios andaluces... (al menos, los que son conscientes de su excentricidad en relación a una lengua central), como los del otro lado del Atlántico, pueden volver a descubrir diversos ordenes narrativos, nuevas capacidades de ficción y, lo que es más importante, brotes de novela nueva. Fue Cervantes el padre de la novela pero sin duda alguna encontraremos sus descendientes más directos en la América distendida y en la España diversificada.